



Casa en que murió Cristóbal Colon en Se villa

## CRISTOBAL COLON.

Al recordar la vida de los grandes personajes que han como vivificado el mundo material en que vivimos, no podemos menos que, llenos de asombro hácia sus gigantescas empresas ó grandiosas ideas, prorumpir en alabanzas y saludarlos con los mas gloriosos epítetos.

Cristóbal Colon se aparece á nuestra vista como el coloso mas elevado, teniendo bajo de sí á todos los hombres y á todas las naciones, como inferiores á él. Creemos mirarle á través del prisma de los siglos, aclamado por cien y cien hombres inmortales, é invocado por todos como el gran bienhechor de la especie humana.

El hombre que habia de dar al mundo conocido otro desconocido para la mayor parte, ó vago y quimérico para muchos, el que habia de dar tan gigantesco paso para la cultura del universo, el que habia de llenar los mas apartados paises con su fama, el que habia de ser á un tiempo absoluto monarca y humilde vasallo, político y religioso, conquistador y misionero; no es posible, no, que este hombre haya nacido por casualidad, aun dado caso que esta existiera.

Buscad en la serie de los siglos un solo hombre que pueda competir con el coloso del Nuevo-Mundo.

Nos admira la empresa de Annibal, nos suspende el genio inmortal de Alejandro, no podemos menos de maravillarnos al ver levantarse entre la mas ciega idolatria á Homero en el pueblo griego; mas ¿qué podremos sacar al fin de tantas admiraciones?... diremos que Annibal fue un buen jefe, Alejandro un excelente Emperador, y Homero un sublime poeta; pero al primero, le veremos adormecerse bajo el hermoso cielo de Capua, olvidando sus empresas; al segundo querer elevarse hasta los honores divinos; y al último caer lastimosamente en las absurdas creencias de los idólatras.

En Colon no encontraremos nada que se le pueda tachar como á estos, porque Colon veneraba y seguia la religion del Crucificado, y esta santifica la humildad y abnegacion: y en efecto, nacido en las riberas del Océano, pobre y desconocido, vá levantándose poco á poco, pero á fuerza de humillaciones y de trabajos. ¡Cuán sublime no es cuando se le recuerda desoido de los Monarcas, despreciado de los sabios, abatido hasta mendigar su sustento, y siendo la mofa y el escarnio de las ciudades y de los reinos!

Pero nada es bastante á hacerle abandonar su proyecto: se le desprecia en esta corona, y recurre á aquella; no le admiten unas proposiciones y presenta otras; guiado por la mano del Omnipotente, como el mismo decia, su mision en este suelo creia ser descubrir el derrotero de los antípodas y librar de las manos de los infieles el Santo Sepulcro: esta segunda idea no la llevó á cabo, acaso por las injusticias de los hombres que tanto le vejaron siempre, y cuyas injurias con tan heróica constancia soportó.

A la verdad es cosa maravillosa ver á aquel genio sufrir las adversidades, con la misma serenidad que veia el logro de sus deseos, y suplicar con la misma humildad despues de ser conocido de todo el orbe, como cuando era completamente ignorado.

Todo en él es grande, gigantesco. Despues de haber descubierto el Nuevo-Mundo, cuando la gloria enchia su corazon y la envidia los agenos, cuando esta minó y sedujo hasta el sello real del Monarca español dando lugar al escarnio mas inmeracido, cuando en fin fue aherrojado en una criminal mazmorra, y ultrajado el hombre que habia llevado á cabo el acontecimiento mayor en la historia de las naciones; ¡qué sufrimiento y que paciencia no hay que admirar en él, en aquella triste prision!

¡Oh, gran Colon! ¿quién te dió tanta mansedumbre? ¿quien te inspiró la sublime idea de conservar toda tu vida enfrente de tí los malhadados hierros? ¿En dónde hallaste

12 DE OCTUBRE DE 1856.



la inagotable fuente de sufrimiento y de humildad? ¿No le veis? ¿no le veis? su cabellera cana como la nieve de la sierra parece consolarle de su negro destino; su mirada fija é inmóvil, mas parece de idiota que de hombre pensador, su imaginación le representa el porvenir y mira el presente en un sopor indecible. Su compostura y modestia, su alegría y resignación, parecen emanaciones de algún espíritu invisible que le asiste en su desdicha.

Alza Colon, levántate de tu sepulcro y ven á mi: atraviesa los siglos con que el tiempo nos ha separado... baja de las regiones desconocidas y acercándote á mi revélame el secreto con que conservastes en tal desgracia tu serenidad. . llega, llégate á mi, no tardes... ¿Pero qué digo? ¿qué espíritu me guía? ¿qué contradicciones sufro? ¿acaso podrán encontrarse dos como Colon fuera de la religion cristiana?... No, no y mil veces no; fuera de ella la soberbia derruye los mas altos monumentos, porque es su fragil base.

Criado en las inspiraciones de Dios y lo imperecedero, procuraste imitar á tu Redentor y marchar á tu fin. Inspirado por él sufriste toda clase de injurias, para llevar á cabo tu empresa que habia de ser agradecida, no de un hombre, no de una familia, no de un Reino, sino del mundo entero, porque te habian de admirar aun aquellos que habitaban los apartados y desconocidos países que descubriste.

Hé aquí porque Cristóbal Colon se aparece á mi vista como el coloso mas elevado del universo, porque él es el único que ha logrado interesar á todo el orbe.

El abrió un inagotable manantial de riquezas y curiosidades, de rarezas y extravagancias. El mostró un pintoresco y variado panorama, descubriendo en los antípodas una naturaleza virgen y sin mancha, y en los europeos unos actos de valor, inestimables y nunca vistos.

Ah! ¿y es posible que semejante hombre recibiera el desprecio ó la indiferencia de parte de los demás? Lastimoso es verle en este estado cuando es tenido por loco, pero, ¡ay! cuánta mayor sensación no produce, el ver al venerable Almirante prosternarse á los piés del Monarca con una petición justísima y serle desoída; ser afligido por molestas enfermedades, y reclamarlas entonces con sublime celo para sus queridos hijos ó hermanos!

¡Cuánto no se quejaba de este olvido en sus últimos días, y sin embargo, qué risueñas esperanzas no mantenía en su alma cándida é inocente!

Pero ni los cuidados de la corte, ni el asegurar su reputación en sus hijos, ni el ver logrados sus deseos en su mayor parte, no fueron bastantes para perturbarle en lo mas mínimo en su hora postrera; preparado con evangélica mansedumbre, murió dando consejos á sus hijos, deseándoles ventura, y pronunciado el perdón para todos sus enemigos, el día 20 de mayo de 1506, cerca de los 70 años de su edad, en Sevilla, en la casa cuya copia que encabeza este artículo, dejando un nombre inmortal é imperecedero en la memoria de los hombres.

D. M. NOGUERA.

## DISCURSO

pronunciado en la inauguración de la enseñanza de lengua Sanscrita en la Universidad Central de Madrid.

POR D. MANUEL DE ASSAS.

HISTORIA DE ESTE ESTUDIO.

La lengua sanscrita, cuyo nombre significa *lengua perfecta*, ó segun el estilo oriental *lengua de perfección*, es en

la que se hallan consignados los conocimientos de los antiguos sabios de la India en libros conservados y guardados misteriosamente por los sacerdotes de aquel país.

Aunque es una de las mas antiguas del mundo, ha sido ignorada en Europa, y poco conocida en la India misma (á pesar de ser su país natal), hasta la mitad sobre poco mas ó menos del siglo próximo pasado, habiendo sido, por espacio de muchas edades, sabida solo por los Brahmanes del Indostan que la creen sagrada, y circunscrita, por lo mismo, únicamente á los objetos religiosos.

El Obispo Heber parece fue el primero que en la indicada época llamó hácia esta lengua la atención del Occidente.

Luego el entendido é infatigable erudito Sir William Jones y otros dignos miembros de la Sociedad Asiática, de que este tuvo el honor de ser presidente, lograron con sus incansables trabajos hacérsela conocer al público, poniendo entre sus manos los inmensos é inapreciables tesoros de la sabiduría indiana, que despues se han ido difundiendo, no solo en Europa, sino tambien en el Asia que fué su cuna; conocimientos que, sin los esfuerzos de la mencionada Sociedad, probablemente hubieran permanecido aun ocultos á los ojos de la humanidad por un tiempo indefinido, y tal vez hasta el fin del mundo.

Miróse al principio con tal indiferencia el sanscrito, que todavía en el año 1830, se calculaba que apenas habria en todas las naciones de la culta Europa 50 personas que pudiesen comprender los autores originales de la literatura sanscrita, y otras tantas que mirasen con algun interés semejante estudio. Pero la infatigable perseverancia, que caracteriza á los eruditos, fue venciendo progresivamente la fuerza de inercia de los sabios y del público; y cuando se llegó á conseguir que se fundasen las primeras cátedras para su enseñanza en Berlin, en Breslaw, en Oxford, y en París, se pudo con razon creer asegurado su triunfo.

No hay para qué decir aquí cuan grande es la atención que hoy por todas partes se le da, ni cuanto se sentía en España la necesidad de establecer de él una pública asignatura.

## LITERATURA SANSKRITA.

El sanscrito es el gran manantial de la literatura indiana, cuyo origen se remonta á los tiempos mas primitivos; literatura vasta y fecunda hasta el punto de abrazar todos los géneros conocidos, y probablemente todos cuantos puede comprender el ingenio humano; y literatura que ha obligado á la opinion pública de la Europa sabia, á colocar al Indostan en el primer lugar, que antes se daba á la Persia y al Egipto, en la civilización antigua; porque á proporcion que se ha ido profundizando en su estudio, ha ido creciendo la admiración de los investigadores, á causa de los maravillosos descubrimientos que á cada paso se han hecho.

Sus libros, cuyo número se hace subir al prodigioso guarismo de un millar, vienen, en su mayor parte, transmitiéndose religiosamente desde las edades primitivas de la sociedad humana.

Aunque hoy estamos todavía sin conocer mas que una porción, comparativamente muy pequeña, de la inmensa riqueza literaria encerrada en estos libros, descubrimientos importantes han recompensado ya los desvelos de los sabios, y se ha abierto un nuevo y anchuroso camino hácia el saber humano, aun para aquellos que no se dediquen al estudio de la lengua sanscrita. Se ha visto por ejemplo que los sistemas filosóficos de Pitágoras, de Platon y de Aristóteles, no son doctrinas peculiares de la Grecia, sino hijas del entendimiento indiano, invenciones del país que bañan el Indo y el Gan-



ges, habiendo sido allí desenvueltos mucho antes que por los griegos, por sus autores Capila, Viasa y Gautama.

La lectura de los Upavedas y Vedangas ha bastado para descubrir que los guarismos llamados cifras árabes, y el sistema decimal se inventaron en la India, desde donde pasaron á la Europa, como el álgebra y la astronomía.

Se ha traslucido que la poesía homérica ha podido beberse mas bien en los manantiales literarios del Davalagiri que del Parnaso, llegándose hasta á suponer que Homero se formó con el estudio de los antiguos libros del Indostan.

La poesía sanscrita hermana la monstruosidad con la gracia, la tierna sencillez con una multitud de ficciones extravagantes; en general exagera los pensamientos, abulta las imágenes, acumula los hechos y multiplica los períodos numerosos; pero al mismo tiempo simplifica el estilo, depura el colorido y economiza las metáforas y epítetos. No hay en ella la confusa brillantez, el hacinamiento de comparaciones fantásticas que derraman en la suya los poetas árabes y persas; al contrario en todas las colosales invenciones de sus inmensas epopeyas reinan la sencillez y la claridad: la redundancia está en las imágenes, no en las frases; en los conceptos, no en las palabras. La fábula es complicada, inmensa, maravillosa, á pesar de sus monstruosidades; pero la expresion corre como el agua de un arroyo cristalino. La mitología *bacanál*, por decirlo así, de que están llenos los poemas indostánicos, se halla expresada con un candor infantil y á veces magestuoso que toca en la noble sencillez de Homero. El *Maha-bárata* que es la mas antigua epopeya sanscrita, se eleva sobre la Iliada y la Odisea como las inmensas pagodas indianas por encima de los templos griegos: en ellas el lector debe olvidarse de Homero y de los poéticos rios de la Helenia, y figurarse que se encuentra en la India en el monte Himalaya, que es como el símbolo de una poesia cuyas dimensiones superan á las de todos los poemas conocidos, con sus cumbres, las mas elevadas del mundo, en que la respiracion se apaga; con sus inmensos y antiquísimos bosques; con sus torrentes que braman como el Océano, y que tienen la extension como de mares; con un hacinamiento, en suma, de objetos gigantescos bajo un cielo puro en cuya clara atmósfera se dibujan con toda distincion los mas complicados contornos. No hablamos así mas que de los verdaderos poemas sanscritos que llevan consigo mismos la prueba de su antigüedad; porque hay otros de épocas posteriores que han degenerado de la primitiva sencillez, habiéndose, en la India como en otras partes, corrompido el gusto literario, caminando por la afectacion á la decadencia. Ha habido en el Indostan poetas que, como nuestro Góngora y sus secuaces, han confundido la sutileza con el ingenio, y buscado la novedad en el enmarañado laberinto de frases oscuras, campanudas y afectadas. Mr. Benoris publicó el *Nalodaya*, poema sanscrito moderno, cuyo estilo es tan intrincado y oscuro como claro y fácil el de las antiguas epopeyas indianas.

Los *Vedas* forman en la literatura sanscrita una division enteramente aparte, y son cuatro colecciones de himnos, de las cuales las tres primeras, por la naturaleza de las ideas que en ellas se encuentran expresadas, pertenecen á la época patriarcal de la historia de la sociedad humana, y constituyen los monumentos mas primitivos del pensamiento. La coleccion de estos himnos, segun el dictámen de los hombres que mas seriamente han profundizado en la materia, parece haber sido formada 14 siglos antes de la Era Cristiana; pero la época de la composicion de cada poema se remonta á un periodo aun mas lejano, aunque no puede asegurarse fijamente cual sea.

A los *Vedas* se acercan por la naturaleza del asunto, pero no por la época ni por el estilo de composicion, los *Puranas*, especie de comentarios históricos de aquellos libros reputados por divinos. Existen diez y ocho de estos *Puranas*, que

son voluminosos tratados de la teogonía y de la cosmogonía brahmánica, y forman como una serie de enciclopedias de las creencias y de la ciencia de la India.

La parte dogmática de los *Vedas* está tratada mas especialmente en los *Upanichads*.

El *Dharmasastra* de Manú, es para los indianos lo que para los musulmanes el Koran, un código á la par moral y civil.

La literatura profana de la India consta de epopeyas gigantescas, de poemas pastoriles y eróticos, de dramas, de leyendas y de tratados filosóficos y científicos. El *RAMAYANA* del poeta *Valmiki* cuenta los hechos de *Vichnú* bajo la figura del héroe *Rama* y su victoria sobre el gigante *Ravana*, rey de Ceilan. Este poema, dividido en siete cantos, encierra sobre 23 mil versos. En el *Maha-bárata*, la mas considerable de las producciones épicas que se conocen, *Viasa*, ó el compilador, que se cree, como *Valmiki*, contemporáneo de Homero, canta la lucha de los Kurus y de los Pandus, dos antiguas familias reales de la India; y los hechos del mismo dios *Vichnú* oculto bajo la forma de *Krishna*. — *Pilpay* ó *Bidpay*, y mas bien aun *Vichnú-Sarmá*, que vivia, segun algunos, dos mil años antes de Jesucristo, compuso una coleccion de apólogos que formó el tema reproducido despues por los otros fabulistas del Oriente. *Calidasa* es uno de los primeros entre los poetas dramáticos, como *Jayadéva* entre los pastoriles.

La literatura sanscrita (siendo la lengua extremadamente libre en la construccion de sus frases) presenta en la prosa una gran variedad de giros, y en la poesia una inmensa riqueza de metro. El número de diferentes formas del verso y de la estancia, es sumamente considerable. El de 8 sílabas parece, sin embargo, ser el origen de todos los demás; y el doble dístico ó *sloca*, la forma de estrofa mas usada.

En la gran variedad de metros que posee la literatura sanscrita los mas comunes son:

1.º El *munni hurreneh chhund*, ó renglon de 12 á 19 sílabas, que está dividido por 3 sílabas en cada pié; y de estos el mas agradable es el *anapæsto*.

2.º El *cábi chhund*, ó renglon de 11 sílabas.

3.º El *anushtofe chhund*, ó renglon de 8 sílabas.

Los poemas sanscritos estan generalmente compuestos en estancias de 4 renglones ó versos, llamadas *ashlogues* que son regulares ó irregulares.

El *ashlogue* mas comun es el del *anushtofe chhund*, ó estancia regular de 8 sílabas en cada verso ó renglon. En esta medida se halla compuesta la mayor parte del *Maha-bárata*. El ritmo en este género de estancia deberia ser alternado; pero los poetas parece que no son muy exactos en observar una estricta correspondencia en los sonidos de las sílabas en que termina el verso, atendiendo mas bien á que el pié esté primorosamente dispuesto. Este corto *anushtofe ashlogue* consta generalmente de dos versos en cada renglon con una pausa en el medio, formando así todo él un largo dístico, como se observa en los versos castellanos de 12 sílabas, llamados de arte mayor, y en los alejandrinos de 14 sílabas.

La estancia irregular se llama constantemente *aniachhund*, cualquiera que sea el género de su irregularidad; y está, en general, compuesta de renglones largos (*cábi chhund*) y cortos (*anushtofe chhund*) alternados.

(Continuará.)



## SINGULAR COINCIDENCIA.

Los principales actores en la muerte del célebre romano Julio César, fueron Bruto y Casio, que despues de varios sucesos, tiempo andando, fueron declarados enemigos de Roma por Octaviano, Lépido y Marco Antonio, cuando estos se hubieron apoderado del mando de Roma.

Entre los que en las discordias de aquel tiempo, siguieron el partido de Bruto y Casio, se halló un hombre principal llamado Marco Varron. Habiendo Marco Antonio y Octaviano ganado la batalla que en las Filipicas dieron á Bruto y Casio, Marco Varron que se hallaba en ella, temiendo ser conocido por los vencedores, se disfrazó de esclavo; se metió entre los que lo eran, y en calidad de tal fué vendido en almoneda á un caballero romano llamado Barbula. Este, notando los modales, y manera de expresarse de Marco Varron, sospechó que debía ser un insigne romano, que no queria ser descubierto. Hablóle en secreto preguntándole si en efecto era de Roma, y ofreciéndole que en caso necesario interpondría su valimiento para obtener de Octaviano su perdon.

Marco Varron lo negó con tanto aplomo, que Barbula des-

echó su sospecha y le llevó para su servicio á la ciudad eterna. Un dia, estando Marco Varron á la puerta del Cónsul esperando á su amo que habia entrado por cierto asunto, pasó por allí otro romano: reconocióle y se apresuró á descubrir á Barbula quien era su esclavo. Barbula sin darse por entendido con Varron, puso en juego cuantos resortes pudo tocar, y por último consiguió que Octaviano, ademas de perdonar al supuesto esclavo, le llamase á su presencia, le tratase muy bien y le tuviese en lo sucesivo por uno de sus mas apreciados amigos.

Pasado desde esto mucho tiempo, estallaron discordias entre Marco Antonio y su cuñado Octaviano César. Barbula siguió la parcialidad de Marco Antonio; y vencido en batalla este por Octaviano, Barbula que alli se encontraba, se acordó de la estratagema usada en ocasion análoga por Marco Varron, y echó mano de ella, vistiéndose como él de siervo. Casualmente el mismo Varron le compró sin conocerle á causa de de no haberle visto en muchos años, y de la diversidad del traje, viniendo así á ser esclavo de aquel de quien habia sido señor. Pocos dias despues Marco Varron, fijando su atencion en él, le reconoció y sin manifestárselo, ni aun indicárselo le obtuvo de Octaviano la libertad y el perdon.



LA ISLA DE LOS FAISANES.

En el rio Bidasoa, que sirve de linea divisoria entre Francia y España, hay enfrente de Irun y al Sur de Fuenterrabía, una isleta muy pequeña, situada á los 14 grados, 47 minutos y 20 segundos de longitud, y á los 43 grados y 20 minutos de latitud Septentrional. Esta isla, apellidada hoy *de los Faisanes*, y en tiempos anteriores *de la Conferencia*, y *de la Paz*; es célebre por algunos hechos notables que en su escaso suelo han acaecido á causa de considerársela como territorio neutral por la razon misma de sus exiguas dimensiones, que la hacen no ser codiciada de nadie.

En el siglo XVI fue designada para el desafio personal á que se retaron Carlos V, (1 de España) y Francisco I de Francia.

En tiempo de estos dos Soberanos se efectuó en ella el

rescate y entrega del Delfin y Duque de Orleans, que estaban en España en calidad de rehenes.

El año de 1659 se hizo alli la entrega de la Infanta doña María Teresa de Austria, hija de nuestro Rey Felipe IV, para Reina de Francia y esposa de Luis XIV, con lo cual se hicieron las paces entre ambas coronas con asistencia de los dos Monarcas Felipe y Luis y sus correspondientes cortesanos.

En otras varias ocasiones se han tenido tambien en esta isleta conferencias para concluir tratados de paz, capitulaciones matrimoniales y vistas de Príncipes de las dos naciones limítrofes.

Los actuales Emperador y Emperatriz de los franceses, han visitado en época muy reciente; y su visita es el hecho que representa el grabado que encabeza este artículo.

A.



## AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion.)

Después cuando nos quedamos solos, me miró frente á frente, pálida y conmovida; sus ojos se llenaron de lágrimas y luego me asió las manos y exclamó con un acento profundamente doloroso y sentido:

—Me ha consagrado V. su vida, á mí, á la pobre muchacha abandonada, á la infeliz trapería. Dios se lo pague á usted. ¡Quiera Dios que yo pudiese hacer á V. feliz!

—Yo soy feliz, la contesté, con que tú vivas tranquila, con que seas mi hermana. Ha sido necesario dar este paso para arrancarte del convento. Yo continué mi vida sin deseos y sin esperanza, consagrada á tí, que continuas siendo mi hija.

Aproveché un pretexto y fui por un instante á encerrarme en mi gabinete. Allí, seguro de no ser oído, de no ser visto, rompí á llorar: sino hubiera llorado mi corazón se hubiera roto.

Yo la hubiera estrechado entre mis brazos, la hubiera arrancado frenético aquella corona de rosas blancas...

De seguro Amparo hubiera sido para mí una esposa sumisa...

Pero... yo quería su amor... y ella... ¡ella se había casado conmigo porque se lo mandaba yo! ¡por agradecimiento!

Temía hablarla de mi amor; temía indicárselo; temía que ella se violentase, que se fingiese enamorada de mí para pagarme con un sacrificio inmenso mi protección... ¡No! Esto no podía ser... ¡yo debía continuar con mi careta puesta... es más: debía mostrarme contento, feliz... solo me quedaba un recurso: estar poco tiempo á su lado y viajar mucho; evitar un momento de olvido.

Yo era infeliz.

Pero era indudablemente menos infeliz que lo hubiera sido siendo ella monja.

No sé qué alegría misteriosa inundaba mi alma. Si no era mía, no sería de otro...

Era una posición de cierto género, y acaso... con la costumbre de verme... ¿quién sabe?

Yo esperaba.

¿Viviría el hombre á quien amaba Amparo?

¿La habría seducido este hombre?... ¿La habría abandonado?...

¡La duda! ¡Horrible espectro que ennegrece nuestra alma con su sombra!

¿Habeis dudado alguna vez de vuestra esposa ó de vuestra madre?

Porque sino habeis dudado alguna vez de cualquiera de esos dos seres que son vuestro corazón y vuestro nombre, no comprendereis lo terrible de la duda cuando se refiere á objetos tan sagrados.

Yo me encontraba en una situación enteramente excepcional, y sufría todas sus consecuencias.

Sin embargo las aceptaba, y cien veces que hubiera sido necesario hubiera vuelto á casarme con Amparo.

¡Cómo llenaba mi alma! ¡Cómo la enloquecía! ¡Cómo la desesperaba!

¡Cuánto la había divinizado mi amor!

Todo en ella para mí era perfecto.

Todo en ella para mí era ardiente.

Era un ángel de fuego que me precedía, me llevaba, me arrastraba, no sabía á dónde.

Ahora ya lo sé.

Ese ángel divino me ha traído á una casa de locos:

Volví á su lado perfectamente tranquilo.

Es decir, fingiendo de una manera perfecta una perfecta tranquilidad.

Ella estaba sentada en un sillón junto á la chimenea y arreglaba tranquilamente el fuego.

Cuanto me sintió se reclinó en el sillón, y me dijo sonriendo, con la cabeza echada atrás sobre el respaldo:

—¡Qué feliz soy, Luis!

Era la primera vez que Amparo pronunciaba mi nombre de una manera tan familiar.

Ahora recuerdo que es también la primera vez que yo le escribo en estas memorias.

En efecto, yo me llamo Luis.

Admiróme aquella tranquilidad, aquella familiaridad, aquella sonrisa, aquel no sé qué seductor, incitante, que emana de ella.

Sin duda Amparo había tomado su partido, aceptando por entero el sacrificio.

Este pensamiento me desgarró el alma.

Sin embargo me mantuve firme.

—Yo también soy feliz, la dije: yo necesitaba el afecto desinteresado, noble y puro de una hermana, y le tengo en tí.

—¡Oh! yo le amo á V. como si fuera mi padre... ¡y cuánta generosidad, Dios mío! ¿Cómo no ha retrocedido V. ante la idea de que el mundo donde vive pretenda averiguar quien soy y de donde vengo?

—Nada me importa eso: lo que me estremecía era que sin vocación...

—¡Y se ha sacrificado V. por mí!... se ha imposibilitado de ser feliz mañana... ¡si encuentra V. una mujer que le enamore!... ¡vamos, no sé en qué he estado pensando!... ¡yo no he debido!... ¡si por un acaso!... pero no... no puede ser!...

Acercó su sillón al mío y me dijo pálida y conmovida:

—Estamos en una situación solemne, Luis: en una situación en que acaso no se han encontrado dos personas solas: debemos ser francos... ¿será acaso...?

Y se detuvo.

—Continúa, continúa; parece que te cuesta sumo trabajo lo que me vas á decir.

—Sí, sí: lo confieso; pero es preciso, es mi deber: habiendo llegado al punto en que nos encontramos, es necesario que yo sepa... lo que debo hacer para...

—¿Para qué?

—Para ser digna de tanto beneficio.

Y luego haciendo un supremo esfuerzo añadió de una manera penosa:

—Luis: ¿me ama V.?

—¡Yo! ¡no! la contesté sonriendo, porque había adivinado la pregunta, y me había preparado.

—¡No! es decir... que se ha casado V. conmigo... ¡por... por caridad!

—Amparo, hija mía, la dije: tu gran corazón te atormenta: crees que he hecho un sacrificio inmenso... que te he sacrificado mi libertad! no... te engañas: estoy muerto para el amor, para ese amor ardiente que nos embriaga y nos arroja á los pies de una mujer... no, hija mía, no: eres demasiado pura para que mi corazón, gastado ya, pueda amarte más que con ese otro amor desinteresado de la amistad; si no hubieras pretendido entrar en un convento, yo... nada te hubiera propuesto: te hubiera tratado como un hermano y nada más: el día en que te hubieras casado con un hombre de tu elección hubiera sido completamente feliz.



Pero te obstinabas, no se por qué no ser monja: habíais dado un paso decisivo, y era necesario dar otro paso contrario, decisivo también; me daba miedo tu resolución... tu estabas sin duda desesperada...

—No, me contestó tristemente.

—Tu has amado, Amparo; amas.

—¿Es decir que somos hermanos...? ¿que es usted tan generoso que no mira en mí siempre más que á la pobre Amparo?

—No hay en mi generosidad, mas hay afecto.

—Pues bien: si somos hermanos, podemos hablar con franqueza.

Yo la observaba y vi que su frente se había serenado.

—Sí, hablemos con franqueza la dije.

—Pues bien: he amado á un hombre.

—¿A un hombre digno de tí?

—¿Digno de mí! digno de ser adorado, digno de una felicidad que le ha negado Dios!

—¿Jóven?

—Jóven y hermoso.

—¿Y el te amaba?

—Sí, me contestó, con su triste sonrisa habitual.

—¿Y entonces... por qué no os habeis casado?

—¡Ha muerto! exclamó Amparo.

Y se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar. Pero de una manera desconsolada, como si su alma entera se exhalase en aquel llanto.

—Pero, me dijo entre sus lágrimas: á V. le amo también: le amo de una manera profunda: como á mi hermano... mas... mas aun... como amaría á mi madre... por hacerle á V. feliz daría mi vida... y cuando el padre Ambrosio me dijo que quería V. casarse conmigo...

—¡Te aterraste!

—No, no: en el momento de hacerme el padre Ambrosio la proposición en nombre de V. me dije: se casa conmigo por caridad; por arrancarme de esta sepultura á que he venido desesperada: en él la caridad es la vida: no amarguemos su vida: y consentí. Pero cuando me quedé sola se me ocurrió que tal vez podría haber en V. mas que caridad: acaso me ame, pensé: si me ama... yo le pertenezco, yo soy suya, yo debo amarle.

—¿Y tu amor?

—¡Es verdad! por eso debíamos hablar con franqueza y hemos hablado: en mí hay dos amores: uno puro, desinteresado, noble, profundo: el que V. me inspira: mi amor antes de hija, ahora de hermana: el otro amor es un desdichado amor, sin esperanza: un amor que enluta mi alma y la desespera: si un día me sorprende V. llorando, no lo extrañe V.: yo cuidaré mucho que los extraños no vean el dolor en mi semblante; todo el mundo me creará feliz, y lo seré, en efecto, al lado de V.; pero... permítame V. que lllore alguna vez por mi amor perdido; por el amor del hombre que Dios no me ha querido conceder. Esto no debe serle á V. doloroso, porque no me ama sino como un hermano; no puede V. temer que el objeto de mi amor manche su nombre, porque es imposible, de todo punto imposible que pueda mancharle.

—Me harás amar por tí á ese fantasma: fantasma para mí, puesto que ha muerto y no sé ni quiero saber su nombre.

—¡Oh, sí! yo le amaré siempre, siempre, con toda mi alma. V. no tendrá celos, ¿no es verdad?

—Siento únicamente que ese hombre haya muerto... porque al fin viviendo él hubieras sido su esposa...

—No hablemos nunca de esto mas: nunca... nunca: ha sido una explicación precisa. Ahora, mi buen hermano, suplico á V. me diga cual es mi aposento. Necesito descanso; reposo; he sufrido mucho.

—Vamos á tener dentro de un momento al lado personas extrañas, es necesario que delante de ellas no me hables de V.

Aquello era ir de mal en peor.

Comprendí que no podía vivir al lado de Amparo sin que muy pronto me olvidase del todo y me convirtiese en su tirano.

En el tirano de una víctima resignada.

¿Acaso no tenía el reciente recuerdo de su repugnancia y de su terror al sentir sobre su frente mis labios?

No, yo debía respetar aquella pasión viva; yo no debía ser infame, yo no debía cobrar mis beneficios á tanta costa para Amparo.

Pero no pude resistir á una atentación.

Su aposento y el mío, para cubrir las apariencias, solo estaban separados por un gabinete y se comunicaban por dos puertas de escape.

Me retiré á mi aposento, cambié lentamente el traje negro que me había puesto para la ceremonia por el de casa, dejé pasar, con una impaciencia mortal algún tiempo, y luego abrí silenciosamente la puerta de escape de mi alcoba, y me acerqué, sin causar el mas leve ruido, á la otra puerta de escape del dormitorio de Amparo.

Al frente, tras un bello pórtico de bambues con cortinas de muselina bordada, estaba su lecho.

Antes, esto es, entre la puerta desde donde yo observaba y el pórtico de la alcoba, había un espacio cuadrado, y en su parte media, una mesa arrimada á la pared.

Sobre la mesa había una lámpara con bomba de cristal opaca que esparcía una luz velada á poca distancia.

Lo demás del dormitorio estaba en sombra; en una media sombra fantástica.

Sentada en un sillón, junto á la mesa; apoyado en ella un precioso brazo, que dejaban descubierto hasta el codo los encajes de la ancha manga de su traje; apoyado el rostro en su mano, sola, inmóvil, profundamente pensativa estaba Amparo.

Tenía ceñida aun la corona de rosas blancas.

Los brillantes de la especie de ajorca árabe, que yo la había enviado en el canastillo de boda y que rodeaba el brazo en cuya mano apoyaba su cabeza, me dejaban ver, heridos por la luz, destellos vivísimos, pero inmóviles.

Amparo parecía una estátua de cera; vestida de blanco.

Su mirada fija, abstraída, profunda, como vuelta hácia adentro, hácia su alma, ó como lanzada sin objeto á la inmensidad, al infinito, mirada que no veía, dilatada, lucida, brillante, llena de vida, pero de una vida que espantaba, dejaba comprender la desesperación profunda, pero resignada, paciente, intensamente dolorosa de un alma desolada.

Nunca había yo llegado á concebir tanto dolor y tanta resignación: nunca una agonía tan lenta; nunca un sufrimiento tan agudo soportado, apurado, dominado con tanto valor: en Amparo no había esa expresión de disgusto, de rabia, de lucha impotente; expresión de ángel rebelde y condenado, que es una blasfemia muda; una blasfemia en imagen.

Era la víctima resignada al sacrificio.

La víctima humilde y fuerte, el alma cristiana que sufre la miseria de la vida en su manifestación mas dolorosa sin revelarse contra la voluntad de Dios.

En vano esperé que Amparo diese una muestra de debilidad ni de impaciencia.

Continuaba inmóvil y tranquila: pero con una tranquilidad que me desgarraba el alma.

Yo sufría de mil maneras distintas.

Primero, el inmenso infortunio de Amparo.

Después mi propio infortunio.

Luego sentía celos; unos horribles celos.

Yo no podía dudar que un amor malogrado, un amor sin esperanza, era la causa de la desolación de Amparo.



Yo hubiera dado toda mi vida, por sentirme amado un solo momento y de aquel modo por Amparo.

Además, al contemplarla tan hermosa, idealizada, trasfigurada, casi me atreveré á decir, divinizada por el sufrimiento, sentía hervir mi sangre, latir mi corazón, abrasarse mi cabeza.

Yo estaba loco.

La misma fuerza de mi locura me contenía, impedía que yo lo olvidase todo, que empujase la débil puerta que me separaba de ella y que me arrojase en sus brazos...

Yo blasfemaba.

Acusaba de injusto, de cruel, de tirano, á Dios que me hacía comprender de una manera tan horrible el tormento de Tántalo.

Estaba inmóvil; como petrificado.

La mirada de Amparo, aunque no podía verme, caía sobre mi mirada, absorbiendo mi alma, torturándola.

Lentamente fui perdiendo la conciencia de mi mismo.

Un sopor extraño se apoderó de mí.

Amparo empezó á tomar lentamente un aspecto fantástico; á abrillantarse su mirada, á resplandecer; su figura se aisló en medio de una niebla vaga azulada: desapareció á mi vista todo lo que la rodeaba, y quedó ella sola, inmóvil siempre, pero como suspendida en medio de un espacio indefinible, en que ni había luz ni sombra.

Luego la ví alzarse lentamente, arrancarse su corona de rosas, y luego irse despojando de sus joyas, de sus ropas: vi enteramente su hermoso cuello, sus redondos hombros: luego su cabellera destrenzada agrupándose de una manera maravillosa á ambos lados de su semblante: al fin se volvió y se alejó lentamente: se abrieron las cortinas de la alcoba y volvieron á cerrarse.

Amparo había desaparecido: la fascinación había cesado, y volví á sentir la vida real.

A mi vez me retiré en silencio y me acosté.

Me acosté para apurar una horrible noche de fiebre y delirio.

¿Por qué había yo encontrado seis años antes, sola en medio de la noche, recogiendo trapos á aquella niña?

¿Por qué me había causado compasión su miseria?

Yo maldecía mi caridad: la caridad que tan infeliz me había hecho, y que tan infeliz había hecho á Amparo.

Y me decía:

«La caridad es una debilidad: la caridad es la manía de los imbéciles; la caridad se vuelve contra quien la practica.

¿Por qué sentí caridad hacia Amparo?

Porque era un insensato.»

Al día siguiente Amparo se me presentó tranquila y afectuosa: en vano busqué alrededor de sus ojos ese círculo lívido que imprime una noche de insomnio y de fiebre.

En vano esa palidez vaga del cansancio.

Amparo estaba fresca, corriente; parecía feliz.

—¿Has dormido bien? la dije:

—Y por qué no? nunca se duerme mejor que cuando nada se desea, cuando se ha obtenido todo lo que se anhelaba: ¿y tú Luis? estás pálido, pareces triste: si continuas así, creere que te has sacrificado á mi felicidad.

—¡Oh! no: yo creía que tú... que sufrías: pero veo con placer que me he engañado: te prometo dormir esta noche tan bien como tú.

—Pues tranquilízate completamente, me contestó: yo nada deseo, nada quiero mas que tu amor... tu amor tal cual le siento, tal cual yo le siento por tí: hermanos, siempre hermanos: dos y uno... ¿no es cierto que es una felicidad que podamos amarnos de este modo?

—¡Oh! si el mundo conociese la verdad de nuestra posición qué diría?

—Se burlaría de nosotros, porque el mundo, que nunca profundiza, que nunca pasa más allá de las apariencias, es muy injusto, ó por mejor decir, muy ciego. Pero si el mundo supiese que entrambos hemos amado y sufrido; que de nuestro sufrimiento y de nuestra lucha solo hemos sacado la conciencia ilesa, comprendería nuestra mútua posición: tu has dejado enterrado tu amor en el lodazal de tu juventud; ha muerto allí sofocado, no existe para ti: yo amo á un fantasma imposible y entrambos, con el corazón vacío para ese amor ardiente, que Dios ha puesto en el alma del hombre y de la mujer, satisfechos el uno del otro, nos apoyamos mutuamente y nos amamos con un amor infinitamente mas puro. Debemos, pues, dar gracias de nuestra felicidad á Dios.

¿Me había yo engañado la noche antes?

¿Era en efecto feliz Amparo?

¿O era que tenía tanta fuerza, tanto poder para ocultar su sufrimiento como para soportarle?

(Continuará.)

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

## EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

EL CAMPO DE LOS CRISTIANOS

La blanca luna  
en el céni,  
cortando espacios  
de oro y zafir,  
del campo mustio  
pinta el confín  
con melancólico  
vago matiz;  
rielando triste  
sobre el carmin,  
con que los prados  
manchó la lid.

Es la alta noche!...  
no hay ruido aquí,  
pues todos duermen,  
sin ver, ni oír.  
Rojas hogueras  
acá y allí,  
al viento dando  
su roja crin,  
guardan los reales  
de todo ardid.  
Armadas rondas  
de grey no ruin  
lenta cruzando  
la sombra gris,  
el sueño velan  
del paladín.  
Sus escarcelas  
se oyen crujir,  
y de sus cotas  
en el perfil  
de cuando en cuando  
suele imprimir



la inquieta llama  
su luz febril,  
que apenas nace,  
vuelve á morir,  
cual vagabundo,  
raudo reptil.

Silencio y calma!...

No!... que el tapiz  
de airosa tienda  
cruza sutil  
un rumor sordo...  
Cierto que sí!  
ya es un gemido,  
ya eco viril,  
ya vagas frases...

voy pues á oír.  
Que de este cuento  
acaso al fin  
pueda la plática  
bien conducir.

«Buenos hidalgos,  
ya estoy aquí;  
tambien pariente  
soy de Lain,  
cristiano viejo.

mas no adalid.  
Un bardo humilde  
soy del pais,  
que contar quiero  
lo que no ví.

Vuestas mercedes  
pueden decir;  
pues yo templando  
mi bandolin,  
con las fianzas,

que hayan de mi,  
un cuento ansío  
grato seguir  
de los amores  
de un buen zegrí  
con cierta niña,  
como una huri,  
alla en el claro  
Guadalquivir.  
Y así diciendo,  
y haciendo así,  
con mano franca  
tomo un cojin,  
callo, y me siento,  
cual un visir.  
Y cuatro hidalgos  
fijan en mí  
sus nobles ojos,  
y!... —soy feliz!...—  
celebran mucho  
mi humor gentil.  
Y prometiéndoles,  
por San Dionis,  
no poner nada  
de mi magin,  
su parla siguen.  
Mirad y oid.

#### SOLUCION DEL GEROGLIFICO ANTERIOR.

*Quien se entregue irreflexivamente á la vida relajada,  
algun día llorará las consecuencias.*

#### GEROGLIFICO.



[Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.

Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ,  
calle de la Union, 3, bajo.